

La disciplina y educación de los niños

por Jimmy Swaggart





La disciplina y educación de los niños

por Jimmy Swaggart



Traducción al castellano: A. Carrodegas

Este libro se publicó originalmente en el idioma inglés con el título de
DISCIPLINE AND TRAINING OF CHILDREN,
por Jimmy Swaggart.

© 1985 by Jimmy Swaggart Ministries

Edición en castellano,

© 1986 por el Ministerio de Jimmy Swaggart.

Todos los derechos reservados.

Impreso en los Estados Unidos de América.

La disciplina *y educación* de los niños

Es inmensa la cantidad de material de enseñanza que existe relacionado con el asunto de la disciplina y la corrección de los niños. Buena parte de él ha sido equivocado, dañino y ha causado innumerables problemas. Hace unos veinte años, un popular especialista en niños escribió un libro en el que reprendía a los padres jóvenes que castigaban corporalmente a sus hijos, por suave que fuera su castigo.

Les decía a los padres jóvenes que nunca debían castigar ni corregir a sus hijos. Si un niño

manifestaba violentamente su mal carácter, no se le debía corregir, por miedo a deformar su personalidad.

Muchos niños de esta generación han crecido bajo este sistema que les permite hacer lo que quieran, y esto ha causado la destrucción de su vida. Después de presenciar cómo crecía bajo dicho sistema una generación entera, el especialista en niños terminó por admitir —demasiado tarde— que se había equivocado.

La Biblia nunca se equivoca. Los caminos de Dios siempre son rectos. Estos son los principios que se deberían seguir siempre:

“Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor” (Efesios 6:4). La corrección y el castigo forman una parte importante de esta obligación de criarlos en la disciplina y amonestación del Señor.

“Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos; porque ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina?” (Hebreos 12:7).

Salomón lanza una amonestación más fuerte aún: *“El que detiene el castigo, a su hijo aborrece; mas el que lo ama, desde temprano lo corrige”* (Proverbios 13:24).

Hay otros lugares de las Escrituras que hablan del castigo y la corrección:

“Castiga a tu hijo en tanto que hay esperanza; mas no se apresure tu alma para destruirlo” (Proverbios 19:18).

“No rehúses corregir al muchacho; porque si lo castigas con vara, no morirá” (Proverbios 23:13).

“La vara y la corrección dan sabiduría; mas el muchacho consentido avergonzará a su madre” (Proverbios 29:15).

“Corrige a tu hijo, y te dará descanso, y dará alegría a tu alma” (Proverbios 29:17).

A diferencia de los animales pequeños, que en pocas semanas o meses se bastan a sí mismos, los niños dependen de sus padres por un largo tiempo que llega a los veinte años. Les toma entre diez y doce meses solamente el aprender a caminar. Esto nos muestra obviamente que Dios tiene la intención de que los hijos permanezcan dependientes e incapaces de bastarse a sí mismos para que permanezcan en el ambiente del hogar a lo largo de todo el período en que es eficaz su educación.

Se debe educar al niño en los caminos por los que va a andar. La idea de Dios es que el hogar sea la fuente del desarrollo de las cualidades, los

principios y los hábitos morales. Allí es donde se deben hacer las modificaciones que son esenciales para que tenga una personalidad aceptable. Una de las razones por las que nuestra sociedad está pasando hoy por problemas es que *no* se están enseñando la moralidad, la espiritualidad, los principios sólidos y las cualidades deseables en el hogar. Los niños *necesitan* corrección y educación.

LA NATURALEZA HEREDADA

Los niños heredan inevitablemente la naturaleza caída de la raza humana, una lamentable herencia que nos viene de Adán y Eva. Aunque parezcan angelitos encantadores, amorosos y atractivos, lo cierto es que tienen una naturaleza básicamente pecadora. Debido a esto, necesitan corrección. Siento grandemente por los niños, y los amo. Hay algo celestial, inocente y maravillosamente delicado en ellos. Los miramos a los ojos y hallamos en ellos una inocencia que habla de Dios. Los niños son un regalo inapreciablemente valioso de Dios.

No obstante, aunque son amorosos, delicados y angelicales, llevan dentro la naturaleza pecami-

nosa con que nacieron. Nosotros tenemos una nieta extremadamente delicada, Jeniffer. A pesar de esto, de vez en cuando se enoja, y cuando lo hace, sus padres tienen que corregirla. Hace algunas cosas que no debería hacer, y en cambio, no hace otras que sí debería hacer. Naturalmente, necesita educación y corrección.

Es posible que alguien diga: “¡Qué terrible! ¡Le están arruinando la infancia a esa niña!” Sin embargo, hablando con verdad, la Palabra de Dios dice que el *no* corregir ni educar a un niño es lo terrible.

La Biblia dice: “*No rehúses corregir al muchacho; porque si lo castigas con vara, no morirá. Lo castigarás con vara, y librarás su alma del Seol*” (Proverbios 23:13,14). Todos los niños pequeños tienen una naturaleza que, si no se la domina, los puede llevar a pecados serios, incluso al asesinato, al adulterio, a la blasfemia, a desafiar a Dios, ¡y finalmente al infierno!

La razón de esto es que los niños llegan a este mundo con pecado innato. Si se le permite desenvolverse sin control, la naturaleza pecadora que les es inherente se expresará cada vez de una forma más completa, y esto los llevará finalmente a ser condenados por Dios. “*Se apartaron los*

impíos desde la matriz; se descarriaron hablando mentira desde que nacieron” (Salmo 58:3).

David, quebrantado de corazón y arrepentido después de su vergonzosa aventura con Betsabé, dijo: *“He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre” (Salmo 51:5).*

No quiso decir que él fuera un hijo ilegítimo. Lo que estaba afirmando al decir que había sido concebido en pecado, es el hecho de que la naturaleza pecadora y caída es el legado lógico de la caída de Adán y Eva. Es algo que recibe todo ser humano al ser concebido. David sabía que había sido concebido con esta naturaleza depravada que había heredado.

EL USO DE RAZÓN

Vamos a dejar una cosa absolutamente aclarada. Ni por un instante estamos tratando de sugerir que los niños pequeños, o los bebés sin uso de razón que no pueden pecar conscientemente, se condenen si mueren. Definitivamente, no. Nacen con una naturaleza caída y pecadora, pero si un niño muere, por supuesto que no será condenado. No ha llegado aún al uso de razón, que le permita pecar por decisión propia.

Hay un cierto aspecto de inocencia en el niño, a pesar de la naturaleza caída del ser humano. La Biblia enseña que la gracia de Dios guarda a los niños hasta que llegan al uso de razón, momento a partir del cual pueden acudir ante Dios en busca de perdón. Sin embargo, esto no altera el hecho de que todos hayamos nacido en pecado original.

No obstante, quiero que comprenda esto: nadie va al infierno por causa de su naturaleza de pecado. Ninguna persona puede remediar esto. Ahora bien, debido a esta naturaleza, todos los niños necesitan corrección para poder vencer su naturaleza pecadora con una voluntad consciente. En ese momento es cuando se vuelven responsables de sus acciones. Hasta entonces, nadie es condenado al fuego del infierno por el pecado de Adán simplemente debido a que todas las personas, a través de su herencia, comparten inconscientemente esta naturaleza. *“Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados”* (1 Corintios 15:22).

Es decir, que todo cuanto el niño pierde por herencia, lo recupera en Cristo en el momento de su salvación. Se le mantiene seguro hasta que su personalidad y sentido moral se desarrollan al punto en que el Espíritu Santo les puede dar

convicción de pecado. En ese momento el niño puede aceptar al Señor Jesucristo como Salvador personal suyo. . . o rechazarlo.

Cuando tratemos con niños, recordemos que *estamos* tratando con una naturaleza torcida, manchada y caída, que necesita control. Tanto como sea posible, se debe dominar por medio de la imposición de una conciencia madura y de una personalidad moral desarrollada.

Estos elementos no surgen espontáneamente. Es necesario educarlos, enseñarlos e imponerse sobre la naturaleza básicamente salvaje que acompaña a todos invariablemente desde que nacemos. Por consiguiente, es necesario guiar al niño en el aspecto moral hasta que sea salvo y haya aceptado a Jesucristo. Por medio de la influencia del Espíritu Santo en la vida del jovencito, estos rasgos se seguirán desarrollando por sí mismos. Aun entonces, los padres tienen la responsabilidad de seguir guiando al niño hacia Dios con sus consejos, su influencia, su ejemplo, y si es necesario, con el castigo corporal.

Por supuesto, hay quienes sostienen la idea de que todos somos buenos al nacer y —si se nos da una buena oportunidad— terminaremos siendo personas de carácter noble y admirable. Sencilla-

mente, esto no es cierto. El hombre fue creado a imagen de Dios (Génesis 1:27), pero cayó de la gracia (Génesis 3). Por tanto, aunque todos los niños tienen capacidad para el bien, es necesario alimentar y dirigir esta cualidad.

Dios ama a todos los niños y desea entrar en su corazón para hacerlos lo que deberían ser. Es Él quien pone en cada uno de ellos ciertas capacidades que, por medio de la disciplina y el control, se pueden desarrollar para convertirse en nobles cualidades. No obstante, si se priva a un niño de disciplina, hay grandes probabilidades de que termine siendo, en mayor o menor grado, alguien malvado y antisocial.

Ciertamente, Dios pone en cada niño ciertas cualidades que, con un cuidadoso cultivo, se pueden convertir en una excelente personalidad cristiana. Ahora bien, sin disciplina, control ni corrección (lo cual incluye el castigo corporal cuando sea necesario), en lugar de desarrollarse hacia la rectitud de vida, es casi inevitable que el niño vaya tomando un mal camino. Todos los padres y madres, cuando vean a su precioso bebé, deben recordar que, potencialmente, ese pequeño no es mejor que Caín, quien al crecer se convirtió en el asesino de su hermano Abel.

No olvidemos que hubo un día en que Eva meció en sus brazos y acarició a un tierno infante, y le puso por nombre Caín. Sin embargo, al crecer se convirtió en un asesino, a pesar de su evidente inocencia de bebé. Cualquier niño puede llegar a lo mismo si no se le domina, controla y disciplina. El amor a la justicia de Dios es algo que debe ser *enseñado*, debido a la naturaleza caída que se halla escondida dentro de cada niño.

El establecimiento del temor de Dios es un proceso *de educación*. También es un proceso *de cultivo y disciplina*. Es necesario usar de *instrucción y corrección* (y también de *amor, oración y lágrimas*) en el desarrollo de cada niño. Los padres deben darse cuenta de que tienen esta responsabilidad de preparar a sus hijos para la vida. . . y para el cielo.

EL CASTIGO DE LAS MALAS ACCIONES

Los padres deben castigar el pecado y recompensar la rectitud en un niño. En realidad, esto no es ni más ni menos que una imitación de lo que Dios hace con todos los hombres. Los padres deben estar dispuestos a asumir esta responsabilidad, porque en un sentido muy real, ocupan el

lugar de Dios ante sus hijos. Aunque ambos padres comparten esta responsabilidad, el padre tiene en particular el deber de administrar la autoridad de Dios sobre sus hijos y en la familia. Debe actuar como el representante de Dios en el hogar.

Dios dijo esto de Abraham: *“Yo sé que mandará a sus hijos y a su casa después de sí”* (Génesis 18:19). Muchas veces, la Biblia usa a un padre humano para mostrar cuál es la actitud de Dios hacia sus hijos. Por tanto, el padre tiene un lugar concreto y especial dentro del hogar.

“Como el padre se compadece de los hijos, se compadece Jehová de los que le temen” (Salmo 103:13).

Cuando Jesús les enseñó a orar a sus discípulos, les dijo: *“Cuando oréis, decid: Padre nuestro que estás en los cielos”* (Lucas 11:2). Después de esto dijo: *“Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que estás en los cielos dará buenas cosas a los que le pidan?”* (Mateo 7:11). Por consiguiente, los padres se hallan revestidos ante sus hijos de la autoridad de Dios, lo sepan o no. De aquí que tengan el deber de darles órdenes e instruirlos en los caminos del Señor.

“Hijos, obedeced a vuestros padres en todo,

porque esto agrada al Señor" (Colosenses 3:20). El escritor usa la palabra "todo", pero se refiere concretamente a las cosas de Dios. Los padres no pueden exigir nada impío de sus hijos. No hace falta decir que este versículo no está hablando de explotación. "Todo" significa "todo lo que es decente y correcto". De ninguna forma quieren decir aquí las Escrituras que los hijos deban estar dispuestos a colaborar con sus padres en acciones pecaminosas, inmorales o ilegales.

Estamos viviendo en tiempos terriblemente pecaminosos y pervertidos. Hay padres que exigen de sus hijos cosas tan impías que es imposible describirlas. Dios no exige de ningún hijo, ni le pedirá cuentas si no obedece a sus padres en caso de que éstos le exijan que robe, cometa actos lujuriosos o realice alguna otra obra mala. Por supuesto, la enseñanza básica sigue siendo absolutamente correcta y adecuada, cuando afirma que los hijos deben obedecer a sus padres.

Los Diez Mandamientos nos indican: "*Honra a tu padre y a tu madre, para que tus días se alarguen en la tierra que Jehová tu Dios te da*" (Éxodo 20:12). O sea, que los padres tienen la autoridad de Dios sobre sus hijos, y ésta es una responsabilidad sumamente seria.

Cuando uno de los hijos de Dios actúa mal, Él puede actuar de dos formas en esta situación. En primer lugar, les pide a sus hijos —es decir, a usted y a mí, si somos cristianos— que se juzguen a sí mismos; esto es, que debemos reconocer que hemos actuado mal y dedicarnos a resolver el problema. De esta forma, Dios no tendrá que juzgarnos ni castigarnos. Sin embargo, si nos negamos a juzgarnos a nosotros mismos, entonces Dios tendrá que administrarnos el castigo.

Eso mismo es lo que pide Dios de nosotros como padres. Quiere que, como representantes suyos, tratemos a nuestros hijos de igual forma que Él nos trata a nosotros. Dios tiene que castigar a sus hijos, y la Biblia enseña claramente que los padres deben hacer lo mismo con los suyos, por el bien de ellos. Dios dice: *“Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos, porque ¿qué hijo es aquél a quien el padre no disciplina?”* (Hebreos 12:7).

El ser hijo entraña en su misma naturaleza el recibir castigo cuando sea necesario: el ser padre conlleva por naturaleza el dar ese castigo. Cuando el niño necesita un castigo corporal, la voluntad de Dios es que lo reciba. Se debe dar en amor, pero el que perderá será el niño si no se le da.

La norma de Dios al respecto es clara: *“Porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo. Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos: porque ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina? Pero si se os deja sin disciplina, de la cual todos han sido participantes, entonces sois bastardos, y no hijos”* (Hebreos 12:6-8).

Este texto de las Escrituras afirma que si no se corrige y castiga a un hijo, se lo está tratando como si no fuera hijo legítimo, sino bastardo. Todo padre que no castigue corporalmente a sus hijos cuando lo necesiten, los está tratando como si no fuera hijo legítimo, sino bastardo. Todo padre que no castigue corporalmente a sus hijos cuando lo necesiten, los está tratando como si fueran hijos ilegítimos.

Podrá parecer dura esta afirmación desde dos puntos de vista. En primer lugar, la idea de “castigo corporal” podrá sonar demasiado severa para muchos, porque el castigo podría volverse excesivo. Sin embargo, no estamos hablando de golpear abusivamente a los niños de ninguna forma. Es un triste comentario acerca de lo enferma que está nuestra sociedad, el que exista un crimen como el de golpear abusivamente a los niños. Sin

duda, hay adultos impulsados por demonios que golpean fuertemente a los niños. Oímos hablar de casos en que sus cuerpos han quedado llenos de contusiones y les han roto huesos. Esto no es más que brutalidad, y no guarda relación alguna con la corrección amorosa, la disciplina, o el acto natural de aplicar una corrección física. La gente que causa un dolor así a los niños necesita ayuda, y ciertamente, sus pequeñas víctimas necesitan protección.

De lo que estamos hablando es de la necesidad de una corrección y una disciplina positivas; de aquí el castigo corporal cuando sea adecuado. A un niño pequeño quizá sea necesario golpearlo con una pequeña vara o algo similar, que podría ir creciendo algo en diámetro a medida que pase el tiempo, o quizá una paleta pudiera reemplazarla. Nunca debe ser ningún objeto que ponga en peligro la integridad física del niño en forma alguna. El castigo corporal correcto y juicioso hace reaccionar, pero no hiere. Los padres tienen la ineludible responsabilidad y el deber de castigar a sus hijos.

Estamos viviendo en unos días en que la delincuencia juvenil abunda de manera increíble. Hay muchas prostitutas adolescentes (e incluso prea-

dolescentes) en las grandes ciudades. Cerca de la mitad de las jovencitas que quedan embarazadas tienen hijos ilegítimos. Las jovencitas fuman, beben licor, toman drogas y se enredan en actividades inmorales y delictivas. Es un cáncer de nuestra sociedad, manifestación de la terrible cosecha que hay que recoger cuando una nación deja de seguir los caminos y las palabras de Dios. Esta tendencia ha sido ampliada por la "iluminada" actitud de una generación de educadores a quienes les ha disgustado todo tipo de disciplina. Gracias a Dios, estamos comenzando a regresar a la disciplina, aunque sólo sea un poco.

Mucha gente se burla del castigo corporal, a pesar del hecho de que está claramente enseñado en la Biblia y completamente reivindicado por la experiencia práctica. La única respuesta a la delincuencia juvenil, la única respuesta a una generación que ha crecido sin fe en Dios y carente de dominio propio, es volver a la Biblia y redescubrir los métodos *de Dios* para educar jóvenes de carácter. ¿El sistema de Dios? Una disciplina inteligente y llena de oración en el hogar, desde los primeros días de la vida. Esto es absolutamente esencial para el crecimiento y desarrollo de hombres y mujeres decentes y honorables.

EL MANTENIMIENTO DE LA PAZ

“Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor” (Efesios 6:4).

Es interesante observar que la palabra “disciplina” que se utiliza en este texto comprende la idea del castigo. Significa dirigir el desarrollo por medio del castigo a las malas acciones.

Los padres deben ser firmes y decididos en cuanto a mantener la autoridad, pero esta autoridad se debe basar siempre en el amor. Ciertamente, necesitan castigar a sus hijos —aun físicamente cuando sea necesario— tal como lo ordena la Palabra de Dios. Cuando lo hacen, en realidad están actuando en lugar de Dios al castigar el pecado y recompensar la rectitud. De esta manera les están enseñando e inculcando obediencia y disciplina a sus hijos.

Siento que de nuevo debo hablar e insistir acerca de mis puntos de vista respecto del trato abusivo a los niños, debido al gran número de personas a las que se ha condicionado de tal manera que hacen equivaler *cualquier* forma de castigo físico con el abuso corporal a los niños. Inevitablemente, cada vez que alguien alega que el

castigo corporal puede mejorar las actitudes de un niño, se expone a que lo acusen de promover el abuso corporal.

Estamos muy conscientes de que hay individuos de mente enferma o poseídos por demonios que castigan físicamente a los niños de manera habitual y excesiva. Ni siquiera nos pasa por la mente la menor idea de promover, justificar o aprobar esta enfermiza y sórdida perversión. Estamos hablando del castigo físico discreto y racional de un niño que se ha comportado mal voluntariamente, a sabiendas de que no actuaba bien. El que quiera comparar, aunque sea por deducción, las leyes de Dios todopoderoso con el abuso físico a los niños, está tocando este asunto de una forma totalmente superficial.

El abuso físico a los niños es un horrible crimen. Lamentablemente, se está convirtiendo en algo cada vez más común, día tras día. En lo que a mí respecta, el abuso físico a los niños podría ser considerado el peor de los crímenes que se pueden cometer. No conozco con exactitud las balanzas que Dios usa para clasificar los pecados, pero en los niños pequeños hay algo que me estremece el corazón. Son inocentes y desvalidos. Pensar que un miserable borracho, un bestial y perverso

sádico se aproveche de uno de estos pequeños y lo hiera, le haga daño o lo asesine, es algo simplemente indescriptible.

No obstante, el simple hecho de que *existan* quienes maltratan físicamente a los niños, y de que esto sea algo tan reprensible, no niega de forma alguna el plan de Dios, ni tampoco sus indicaciones directas respecto del castigo corporal. Es necesario administrar ese castigo; por supuesto, debe hacerse siempre con amor, comprensión y compasión.

La exhortación de Pablo en Efesios 6:4 habla de que no provoquemos a ira a nuestros hijos y al mismo tiempo los criemos en disciplina y amonestación del Señor. Es evidente que un padre no debe hacer aquellas cosas que provocan innecesariamente a un hijo suyo.

Cuando se corrige y castiga a un niño con amor, los resultados pueden ser *positivos*. En cambio, la confrontación carente de sensibilidad, y el desafío que provoca, sólo producirán la pérdida de la comunicación y quizá resultados permanentemente *negativos*. Probablemente, debido a falta de sabiduría y a excesos ocasionales, hay quienes tratan de combatir todo el proceso de disciplina y castigo. Por supuesto, el secreto está

en saber administrarlos con sabiduría y amor.

FALTAS MÁS GRAVES

El que un niño se permita acciones seriamente malas es de grave importancia. El Antiguo Testamento afirma que es mejor para los padres que su hijo haya fallecido, que verlo desobediente a Dios y a la autoridad y orientación paterna.

Esto podría parecer rudo para los padres acostumbrados a los indulgentes códigos de conducta de la actualidad, pero la Biblia dice: *“Si alguno tuviere un hijo contumaz y rebelde, que no obedeciere a la voz de su padre ni a la voz de su madre, y habiéndole castigado, no les obedeciere; entonces lo tomarán su padre y su madre, y lo sacarán ante los ancianos de su ciudad, y a la puerta del lugar donde viva; y dirán a los ancianos de la ciudad: Este nuestro hijo es contumaz y rebelde, no obedece a nuestra voz; es glotón y borracho. Entonces todos los hombres de su ciudad lo apedrearán, y morirá; así quitarás el mal de en medio de ti, y todo Israel oirá, y temerá”* (Deuteronomio 21:18-21).

En los días del Antiguo Testamento había castigos rigurosos reservados para la rebeldía. Se

la consideraba algo muy serio. Las consecuencias de que no disciplinemos a nuestros hijos pueden ser aún peores que la muerte misma. Esto es evidente hoy, cuando miramos a nuestro alrededor y vemos los resultados de una generación indisciplinada y rebelde que invade toda la sociedad. Sus acciones han provocado la catástrofe para muchos inocentes y un buen número de muertes reales. Los que creen que todos somos buenos retroceden ante el pensamiento de castigar *cualquier* delito, y la consecuencia es que estamos viviendo en medio de la anarquía. Lo menos que podemos hacer, al ver los resultados de *sus* métodos, es preguntarnos: La muerte de unos pocos, como ejemplo para los muchos, ¿no habría *salvado* a largo plazo más vidas que las que se pierden anualmente a causa de los crímenes?

Por supuesto, las prácticas del Antiguo Testamento acerca de la desobediencia y la rebelión no hallarían mucho apoyo en la sociedad actual. Sin embargo, todavía sirven como faro para dirigirnos y como advertencia respecto de lo serias que son estas situaciones. Cuando los hijos crecen y llegan a extremos, como han hecho algunos, no estaría mal del todo que sus padres usaran algunas medidas extremas para tratar de detenerlos en su des-

censo al pantano de la perversión. Las actitudes fáciles y modernas que existen en la sociedad han permitido que los cimientos mismos de la civilización se vean amenazados. El elemento básico en demasiados de estos casos es el abandono total del ejercicio de la autoridad por parte de los padres en el hogar.

Volvemos a insistir en que, de acuerdo con la Biblia, la disciplina de los niños, incluso la corporal, a fin de castigar el pecado y mover a la obediencia, es absolutamente esencial para el desarrollo correcto de los jóvenes, a fin de que se conviertan en adultos morales y rectos.

Si los padres y los hogares de hoy regresaran a las "anticuadas" enseñanzas del Antiguo Testamento, tendríamos mucha menos delincuencia juvenil, jovencitas embarazadas, niños con drogas y vidas destrozadas que son la consecuencia de estas desviaciones respecto de la moralidad de Dios. La causa básica del deterioro de la sociedad es el repudio general de Dios, de su Palabra y de sus principios. Los padres modernos se burlan de la Palabra de Dios todopoderoso. Aun los que profesan ser cristianos, al mismo tiempo que apoyan verbalmente la Palabra de Dios, rechazan sus indicaciones concretas cuando se trata de los deta-

lles en la crianza de sus hijos.

Las naciones se levantan o caen según lo hagan sus hijos. Nuestra sociedad actual se halla en graves aprietos hoy, debido a la delincuencia juvenil. Hay jovencitos de muy tierna edad que cometen asesinato; otros, que incluso es posible que no hayan llegado aún a la adolescencia, están seriamente enredados en el vicio de las drogas. La falta de restricciones en la casa —disciplina y normas— ha causado esto. Dios ha hecho responsables a los padres de la disciplina, el control y la formación del niño.

UN EJEMPLO POSITIVO

En el patriarca Abraham tenemos un ejemplo perfecto de lo que es disciplinar a los hijos. Dios lo bendijo grandemente porque pudo confiar en su forma de educar y controlar a sus hijos.

He aquí por qué Dios le confió a Abraham sus planes de destruir a Sodoma y Gomorra: *“Y Jehová dijo: ¿Encubriré yo a Abraham lo que voy a hacer, habiendo de ser Abraham una nación grande y fuerte, y habiendo de ser benditas en él todas las naciones de la tierra? Porque yo sé que mandará a sus hijos y a su casa después de sí, que*

guarden el camino de Jehová, haciendo justicia y juicio, para que haga venir Jehová sobre Abraham lo que ha hablado acerca de él" (Génesis 18:17-19).

Dios le contó sus planes a Abraham y confió en él porque, como Él mismo dijo, *"yo sé que mandará a sus hijos y a su casa después de sí, que guarden el camino de Jehová, haciendo justicia y juicio"*.

Al leer esto, vemos claramente que Dios le prometió bendiciones a Abraham debido a la forma en que Abraham controlaba su casa y sus hijos. Era una figura paterna fuerte, no sólo por su gran autoridad, sino también como ejemplo de amor e interés. Mandaba a sus hijos y a su casa *"después de sí"*; esto es, los dirigía por medio del ejemplo de tal forma que Dios sabía que seguirían el camino que Él había trazado para ellos.

UN EJEMPLO NEGATIVO

Hay otro ejemplo de influencia paterna procedente del Antiguo Testamento que presenta una imagen distinta. Elí fue sumo sacerdote de Dios y vivió durante los primeros años de Samuel. Su historia es el trágico relato de un hombre que le

falló a Dios en un solo aspecto: la disciplina de los hijos. . . o la falta de ella. Que sepamos, era un buen hombre, y da la impresión de que Dios no tenía quejas en cuanto a la forma en que Elí llevaba su oficio de sumo sacerdote. No había nada que decir acerca de su vida moral, ni de la forma en que juzgaba al pueblo. Según todas las normas corrientes, Elí era un hombre con éxito en todos los aspectos menos uno: no había sabido criar hijos íntegros, morales y disciplinados.

Cuando él era ya anciano y sus hijos eran hombres, Dios seguía teniendo contra él que no controlaba a esos hijos. Elí se limitaba a protestar débilmente contra la codicia y el adulterio de ellos.

“Pero Elí era muy viejo; y oí de todo lo que sus hijos hacían con todo Israel, y cómo dormían con las mujeres que velaban a la puerta del tabernáculo de reunión. Y les dijo: ¿Por qué hacéis cosas semejantes? Porque yo oigo de todo este pueblo vuestros malos procederes. No, hijos míos, porque no es buena fama la que yo oigo; pues hacéis pecar al pueblo de Jehová. Si pecare el hombre contra el hombre, los jueces le juzgarán; mas si alguno pecare contra Jehová, ¿quién rogará por él? Pero ellos no oyeron la voz de su

padre, porque Jehová había resuelto hacerlos morir" (1 Samuel 2:22-25).

Ellos no obedecieron a su padre, y Elí no supo imponerles su voluntad. Cada vez que se trate de una cuestión moral, tenemos la obligación de imponerles nuestras normas a nuestros hijos. Esto no los va a frustrar ni va a ser un obstáculo para su desarrollo psicológico, como algunos afirman.

Elí no supo inculcar principios correctos a sus hijos. Éstos abusaban de su posición sacerdotal para promover el pecado y la maldad en su tierra. Puesto que Elí no los supo castigar debidamente por sus indiscreciones, Dios tuvo que hacerse cargo de la situación finalmente, y lo hizo causando su muerte.

El profeta Samuel había ido a Elí para advertirle que si honraba a sus hijos más que a Dios, y les permitía seguir en su maldad, aquello sería una afrenta para Dios.

La debilidad de Elí era una verdadera amenaza para la moral de todo Israel. Por eso Samuel profetizó que Ofni y Finees, los hijos de Elí, morirían, y que aquella familia sería quitada eternamente del linaje sacerdotal. Toda esta gran sucesión de acontecimientos fue provocada básicamente por el fracaso de Elí como padre.

SEVERIDAD DEL ANTIGUO TESTAMENTO

En diversos lugares del Antiguo Testamento, y de diversas formas, se habla de lo seria que es la desobediencia. Los hebreos reciben la orden de que *“el que hiriere a su padre o a su madre, morirá”* (Éxodo 21:15).

¿Parece exagerado? Eso no es todo. Sigue diciendo que *“igualmente, el que maldijere a su padre o a su madre, morirá”* (Éxodo 21:17).

Dios considera tan importante la autoridad de los padres, que de acuerdo con las Escrituras, todo aquel que golpeará o maldijera a sus padres, debía morir. Los que fueran voluntariosos o rebeldes, debían morir también.

Jesús mencionó esta parte de las Escrituras cuando dijo: *“El que maldiga al padre o a la madre, muera irremisiblemente”* (Mateo 15:4). Hizo *mención* de este texto, pero no declaró específicamente que se debía observar de igual forma en estos días y en nuestra época. Sin embargo, esto no disminuye en absoluto la importancia del castigo, la corrección y la disciplina de los hijos.

(Por supuesto, debemos comprender que los cuatro evangelios abrieron la puerta al Nuevo

Pacto, pero Jesús estaba cumpliendo el Antiguo para que pudiera llegar el Nuevo. El que se haya *referido* a este texto del Antiguo Testamento para hacer entender algo, no significa que ese texto deba ser incluido en el Nuevo.)

LÍDERES ESPIRITUALES

Encontramos pasajes que hablan de la disciplina de los hijos, tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo, y se trata el tema cuando se habla de las cualidades necesarias en los líderes espirituales, tal como aparecen en el Nuevo.

Las Escrituras describen las cualidades necesarias para ocupar el puesto de obispo, o pastor de una iglesia, y también para el de diácono. Pablo afirma que el obispo debe ser alguien “*que gobierne bien su casa, que tenga a sus hijos en sujeción con toda honestidad (pues el que no sabe gobernar su propia casa, ¿cómo cuidará de la iglesia de Dios?)*” (1 Timoteo 3:4,5). Al hablar de gobernar la casa, no se refiere a un control dictatorial ni a que actúe como un amo con sus esclavos. Significa *presidir* la casa y ser la *autoridad* del hogar.

Para que una persona sirva en algún cargo de

tipo espiritual, es imprescindible que tenga a sus hijos disciplinados y controlados. Dios tiene reglas y normas que gobiernan la sociedad. Nadie puede esperar posiciones de autoridad en otros aspectos de la vida si no es capaz de mantener el control sobre su propio hogar. Si un hombre no gobierna o preside bien su familia, ciertamente no tendrá las cualidades necesarias para servir a la iglesia de Dios. La palabra “diácono” significa “siervo”, así que por extensión, las cualidades que necesita un diácono son aplicables a todo cristiano que quiera servir al Señor.

LOS LÍDERES DE HOY

Es trágico que haya hoy pastores que no gobiernan bien a su familia o a sus hijos. Algunos de los que han visitado nuestras oficinas han traído consigo a sus hijos. A veces son tan desordenados, que hay necesidad de controlarlos físicamente para evitar que destruyan equipo de oficina.

Salomón dijo que si un padre golpea a su hijo por compasión —para que se comporte bien— estará salvando su alma del infierno. Esto nos parecerá extremo en la superficie, pero si lo pensamos, no lo es en realidad.

Algunas personas me han preguntado acerca de un ser querido que conocemos muy bien: “¿Por qué salió así?”

Mi respuesta ha sido siempre: “De haber tenido los padres que yo tuve, no creo que hubiera salido así.”

Cuando éramos jovencitos y un adulto nos decía que hiciéramos algo, yo obedecía como se me había enseñado. En cambio, él protestaba, maldecía y le contestaba con insolencia a aquella persona. Cuando sus padres tenían noticia de aquellos incidentes, se reían. Una actitud así sólo puede ayudar a destruir a los que reciben semejante “educación”.

UNA DISCIPLINA AMOROSA

Es triste, pero cierto, que estamos viviendo en unos tiempos en que hay una ausencia casi total de amor en muchos hogares. Esta falta de amor ha causado más problemas y angustias en la vida de muchos niños, de los que podríamos describir con palabras. También es uno de los factores que contribuyen a la ola de delincuencia juvenil que azota a nuestra sociedad. La falta de un amor real, que algunas veces significa disciplina o castigo corpo-

ral, es en mi opinión una de las causas principales de esta situación.

“Corrige a tu hijo, y te dará descanso, y dará alegría a tu alma” (Proverbios 29:17).

“No rehúses corregir al muchacho; porque si lo castigas con vara, no morirá. Lo castigarás con vara, y librarás su alma del Seol” (Proverbios 23:13,14).

Son palabras fuertes. Admito que en ocasiones algún otro castigo pueda ser eficaz, pero hay momentos en que los niños necesitan una disciplina fuerte. *“Los azotes que hieren son medicina para el malo, y el castigo purifica el corazón”* (Proverbios 20:30). Esto significa que los azotes limpian el carácter de su maldad, y cuando es correctamente aplicado, el castigo hace lo mismo en el hombre interior.

El hijo a quien se disciplina con amor respeta y ama a sus padres mucho más que el hijo a quien no se disciplina. Dentro de los niños hay algo que les hace comprender que el padre que se toma el trabajo de disciplinarlo es un padre que lo ama realmente. Esto es un factor de gran importancia en el desarrollo del sentido de seguridad en los niños. Las reglas y normas, la corrección y el castigo ayudan ciertamente al niño a desarrollar

ese sentido de seguridad. Cuando no se corrige al niño, esto le indica con frecuencia que sus padres no se interesan en él.

Si un niño aprende a temprana edad que el pecado sólo acarrea problemas y castigo, llegará a temerlo y detestarlo. Esto será un gran bien. Es increíble y trágico que haya naciones donde se estén aprobando leyes *contra* el castigo, con lo que llegan a hacer ilegal que un padre golpee a un hijo. Admitimos que, si se hace con ira, golpear a un niño puede ser especialmente dañino para él. En cambio, cuando una nación comienza a decir a los padres que no pueden corregir a sus hijos con castigos corporales —unos buenos azotes cuando se necesitan y cuando se pueden dar correctamente— esa nación va rápidamente cuesta abajo. Este tipo de acciones es contrario a la Palabra de Dios.

Una jovencita originaria de otro país contaba cómo sus padres la habían disciplinado por algo en lo que ella *necesitaba* disciplina. Habían actuado correctamente. Ella era entonces una adolescente llena de rebeldía, y corrió a las autoridades, que la quitaron de manos de sus padres y la pusieron bajo la custodia de otra familia. Entonces fue de mal en peor, hasta hundirse en el pecado.

Esta joven contaba cómo había pasado por todas las clases de maldad y de actividades infernales hasta que finalmente llegó a experimentar la gracia redentora de Jesucristo alrededor de los veinte años. Reconoció que había actuado mal desde el principio. Lo que había necesitado era la corrección. Sin embargo, en este caso la sociedad había establecido leyes para evitar la misma corrección que ella necesitaba.

¡Qué situación tan triste! La Biblia enseña claramente que la disciplina, la corrección y el castigo, cuando son necesarios, conducen a la moralidad y a la mejora del carácter.

“La vara y la corrección dan sabiduría; mas el muchacho consentido avergonzará a su madre” (Proverbios 29:15).

Cuando se domina e instruye correctamente a una persona en su niñez, aprenderá a dominarse cuando sea un adulto autónomo e independiente. Cuando un niño aprende a someterse a la autoridad en el hogar, se someterá a la autoridad escolar, al gobierno y a Dios. La razón por la que hoy hay centenares, miles y quizá millones de jovencitos que no se quieren someter a la autoridad de sus maestros o del gobierno es que no se los ha disciplinado debidamente en su hogar. Nunca estuvie-

ron en contacto real con la autoridad de los padres.

Cuando se corrige a los hijos en amor y delicadeza, con constancia y en espíritu de oración, se controla el fogoso carácter de su juventud y se entrenan sus pies para que caminen por senderos de justicia. La personalidad que se desarrollará entonces, estará llena de gozo, respeto y disciplina.

SOLIDEZ EN LA AUTORIDAD

No puede haber disciplina en el hogar si uno de los padres interfiere continuamente en los esfuerzos del otro por disciplinar. Conozco a un ministro cuyo hijo terminó en la cárcel por ladrón, y él le echa la culpa al hecho de que nunca pudo disciplinar al niño sin que su madre interfiriera.

Recuerdo de mi niñez que la autoridad *nunca* estuvo dividida en mi hogar. Si mi madre me disciplinaba, mi padre no se metía en la situación. Cuando mi padre me disciplinaba, mi madre se guardaba de interferir. Muchos años más tarde supe que no siempre estaban de acuerdo entre sí en cuanto a la disciplina que aplicaban, pero lo hablaban más tarde, en privado, para que yo sólo pudiera ver la existencia de un frente unido.

Los niños son listos. ¿A quién no le ha tratado de hacer un hijo suyo el viejo truco de “papá está de acuerdo si tú dices que sí”? De igual manera, saben cómo enfrentar a uno de los padres con el otro, hasta que *no* haya disciplina. Un hogar sin disciplina, apenas merece el nombre de hogar.

EL AMOR EN EL HOGAR

No es ningún secreto que los jóvenes de hoy son rebeldes contra la autoridad, contra los padres y contra Dios. Una de las razones principales de esta rebeldía es la falta de amor que ha habido en el hogar.

La disciplina es un elemento esencial del amor. No podemos tener amor sin respeto, y no podemos tener respeto sin disciplina. Pensemos en esto un momento, porque es importante. Cuando se establece una disciplina y se mantiene correctamente en el hogar, es necesario demostrar amor; de lo contrario no tendremos un hogar, sino un campo de concentración.

Hoy en día muchos padres *afirman* que les manifiestan amor a sus hijos, simplemente porque les compran cosas. Lamentablemente, las cosas no reemplazan al interés de los padres, especialmente

en los años en que se forma la personalidad.

Los padres que van posponiendo el establecimiento de una relación especial con sus hijos se están equivocando por completo. A medida que esos hijos crezcan y se desarrollen, sus actividades los irán alejando cada vez más del hogar. Durante sus últimos años llevarán consigo las actitudes y reacciones que desarrollaron cuando eran jóvenes. Esta es la razón de que sea tan importante manifestar amor a nuestros hijos cuando aún son jóvenes.

Sin amor, vamos a criar a un niño condicionado a lo opuesto del amor, que es el odio. Esta es la motivación que se halla tras gran parte de la oposición a lo establecido. La rebelión y la anarquía que muchos jóvenes de hoy manifiestan. Hay una zona de actitudes en nuestro ser interior que terminará finalmente por llenarse. Si no está llena de amor, estará llena de algo contrario, y lamentablemente, ese algo contrario es el odio.

Recuerdo un incidente que sucedió con mi nieta Jennifer cuando tenía unos tres años. Yo les digo a ella y a sus hermanos con frecuencia que los amo. Simplemente, se lo digo con espontaneidad: "Te quiero". En ese día, Jennifer andaba en alguna de sus actividades infantiles, cuando le

dije: “Jennifer, abuelo te quiere.”

En lugar de seguir adelante, se detuvo de pronto, se sentó junto a mí, se acurrucó contra mi persona y me dijo: “Yo también te quiero, abuelo.”

Mientras me miraba con sus grandes ojos, yo pensé en lo importante que es que les hagamos sentir esta realidad a nuestros seres amados.

Hace algunos años no era corriente ni aceptable que los padres les dijeran a sus hijos que los amaban. Hoy en día es mucho más corriente, hasta un punto en que puede convertirse en un problema.

¿Qué quiero decir con esto? Que mientras hay muchos padres que tratan de *demostrar* el amor que les tienen a sus hijos comprándoles cosas, hay otros padres que sólo *hablan* de ese amor. Son incontables los hogares donde los padres les están afirmando costantemente a sus hijos (*con palabras*) que los aman, mientras que no *manifiestan* ese amor de ninguna forma palpable.

¿Cómo les manifestamos amor a nuestros hijos? De mil y una formas. Dedicándoles tiempo, llevando una vida ejemplar, comunicándoles un sincero interés en sus problemas, disfrutando de nuestro hogar y nuestra familia y pasando la

mayor parte de las horas que no trabajamos con ellos. Los padres que nunca están en casa, que llevan una vida mundana, que no tienen suficiente interés en mantener la disciplina en el hogar, podrán *hablar* de amor hasta quedarse sin aliento, pero sólo convencerán a sus hijos de que son unos hipócritas.

Decir palabras es cosa fácil, pero todo lo que vale, cuesta. Si estamos tratando de convencer a nuestros hijos, o a cualquier otra persona, de nuestro afecto, no debemos esperar que podamos convencerlos con una simple expresión oral de ese afecto.

“No amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad” (1 Juan 3:18).

El amor *“es sufrido, es benigno. . . no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor. . . todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. El amor nunca deja de ser”* (1 Corintios 13:4-8).

EL DESARROLLO DE LA PERSONALIDAD

Reduzcamos este asunto de la disciplina a unos cuantos principios fundamentales.

En primer lugar, se les debe enseñar a los niños a obedecer a sus mayores sin vacilar. Se les debe enseñar que no tienen derecho a replicar a sus padres, mayores o a nadie que tenga autoridad. La práctica moderna de poner en tela de juicio las órdenes constantemente surge de una falta de disciplina en el hogar. Los hijos deben obedecer de forma automática e inmediata.

Por supuesto, no estamos hablando de padres malvados e impíos que pudieran exigir que los hijos participaran en actos inmorales o malvados. Sin embargo, en las situaciones ordinarias, el niño debe obedecer por hábito, sin exigir razones ni explicaciones detalladas, aunque haya momentos en que sea muy útil algún tipo de explicación o aclaración.

En segundo lugar, la respuesta debe ser instantánea y sin discusión. Si un padre dice: "Hijo, haz esto ahora", y el hijo lo hace media hora más tarde, por supuesto que es un desobediente.

"Pero ¿qué os parece? Un hombre tenía dos hijos, y acercándose al primero, le dijo: Hijo, vé hoy a trabajar en mi viña. Respondiendo él, dijo: No quiero; pero después, arrepentido, fue. Y acercándose al otro, le dijo de la misma manera; y respondiendo él, dijo: Sí, señor, voy. Y no fue.

¿Cuál de los dos hizo la voluntad de su padre?"
(Mateo 21:28-31).

El hábito de posponer las tareas encomendadas no es más que una rebeldía finamente velada. Una casa donde las tareas siempre quedan sin hacer, mientras que todo el mundo *tiene la intención* de hacerlas más tarde, es un hogar donde falta por completo la disciplina. Por supuesto, son los padres los que deben dar el ejemplo a sus hijos, al cumplir prontamente con sus responsabilidades.

En tercer lugar, debe haber constancia en la disciplina. En la marina hay un viejo refrán: "Barco ordenado, barco feliz." Esto significa que la tripulación de un barco donde se mantiene una rígida disciplina es más feliz que la de un barco donde se alterna la disciplina con momentos de relajamiento.

También los niños son más felices cuando se mantiene una constancia en la disciplina. Por supuesto, esto no quiere decir que se deba llevar el hogar como si fuera un campamento militar, pero sí quiere decir que se deben fijar normas para después mantenerlas al nivel fijado, sin concesiones. Cuando los niños saben cuáles son las reglas, y los castigos merecidos por violarlas, nunca se sienten confundidos o perturbados. Cuando reci-

ben un castigo, saben que fue su infracción la que lo causó.

En cuarto lugar, se debe establecer la disciplina *temprano*. No podemos esperar hasta que los hijos sean adolescentes para comenzar a educarlos, y suponer que nos van a obedecer. Algunas veces los tendremos que golpear en las manos o en las piernas, o hacer *algo* para ganar su atención y demostrarles que hablamos en serio. Cuando esto se hace de manera correcta, se pueden establecer los fundamentos de la disciplina casi antes de que el niño aprenda a caminar. Si no se fija temprano la disciplina, es posible que la batalla esté perdida antes de comenzar.

Por último, los padres nunca deben amenazar con hacer algo como consecuencia de sus acciones, y después no cumplirlo si los niños hacen lo que se les ha prohibido. En la sociedad actual hay millones de padres y madres que se pasan la vida amenazando a sus hijos: "Ceci, si lo vuelves a hacer, te voy a pegar. . . te voy a mandar a la cama. . . te voy a apagar el televisor." Ceci lo hace, lo vuelve a hacer una y otra vez, y ¿qué sucede? Mamá sigue *repitiendo* la misma amenaza, pero nunca *impone* de verdad el castigo con el que ha amenazado. Es inútil amenazar a un niño

con un castigo, si no se tiene la intención de imponérselo. Una vez que establezcamos el castigo debido por una acción, debemos imponerlo la próxima vez que el niño realice ese acto prohibido.

Estas cosas exigen carácter y abnegación de parte de los padres. Francamente, con frecuencia es más fácil *no* disciplinar que pasar por toda una explosión de lágrimas y sentimientos heridos. Sin embargo, el padre o la madre que evita o pospone la disciplina está fallando en cuanto a las responsabilidades que son parte integral de su paternidad o maternidad.

Por supuesto, los padres que les enseñan moral a sus hijos deben ser los primeros en llevar una vida moral. Los padres que quieren enseñar templanza a sus hijos deben comenzar por practicarla ellos también. Los padres que quieren enseñar a sus hijos a obedecer a Dios deben comenzar por ser personalmente obedientes a Él.

Los problemas de muchos hijos no son más que una continuación de los problemas de sus padres. Son demasiados los niños que ven a sus padres totalmente borrachos la mitad del tiempo, o medio borrachos todo el tiempo. Si los padres hacen trampas, engañan y realizan acciones malvadas o deshonestas, su ejemplo será seguido por

sus hijos, a pesar de todas las *palabras* contrarias.

EL TRABAJO

También es necesario enseñar a los niños a trabajar. Son muchos los problemas con los que se enfrentan hoy nuestra nación y el mundo, y una de sus causas fundamentales es que toda una generación de hijos ha sido educada en la creencia de que el trabajo es algo “indigno” de ellos. Cuando yo era niño, se enseñaba el trabajo como algo ético. Era una virtud. Se enseñaba como el componente básico del desarrollo de la personalidad.

Mi madre y mi padre me enseñaron a trabajar, y estoy agradecido de que lo hicieran. Cuando cesó la Gran Depresión para dar paso a un mundo de oportunidades, los norteamericanos eran personas amantes del trabajo. En esta nación había una vibrante necesidad de trabajar que ayudó incalculablemente cuando entramos en la Segunda Guerra Mundial. Sería un desastre que viésemos otra Depresión, pero al menos en aquellos días, cada vez que a alguien se le ofrecía un trabajo, *fuese cual fuese*, lo aceptaba ansioso.

Hoy en día ya no se les enseña a los niños a trabajar. De muchas formas incluso les enseñan y

animan a *no* trabajar nuestro gobierno y otras fuerzas sociales. Con demasiada frecuencia, las organizaciones obreras van en contra del trabajo fuerte. Es trágico que muchos de los elementos más influyentes de la sociedad le pongan obstáculos a la ética del trabajo y animen a cosas como la limitación de la producción y el conseguir cada vez una paga mayor por un trabajo cada vez menor. Muchos grupos obreros quieren que todo se reduzca al nivel mínimo de actividad posible, y el resultado es que se le *impide* a todo aquel que sea trabajador el que produzca lo que podría producir.

Otro elemento trágico de nuestra sociedad es que el gobierno les pague a algunos por *no trabajar*, mientras castiga a otros *por trabajar*. Para algunas personas, *no* trabajar es mejor que trabajar. Esto destruye la moral, la fibra y el alma de una nación. Es increíble, pero lo está imponiendo nuestro propio gobierno.

Sólo las personas incapaces de sostenerse deberían recibir ayuda. Las personas sanas deben trabajar y la sociedad sólo debe intervenir para proporcionarles trabajo constructivo cuando no haya otra manera de conseguirlo. Hoy en día estamos premiando la pereza y la vagancia.

Todo el mundo sabe que hay muchas personas que se niegan a aceptar trabajos como el de lavar platos, ayudar en una gasolinera u otros trabajos manuales. En realidad, no debería importar lo manual que sea el trabajo; si es un trabajo decente, es digno de respeto. Todo el mundo debería trabajar. Aun la persona sin verdaderas necesidades económicas debería trabajar, porque llenar el día con pasatiempos, televisión o cosas similares no productivas es algo espiritualmente corrosivo.

La pereza destruye la personalidad. Todo aquel que *puede* trabajar y decide *no* hacerlo, es un parásito. Carece de los fundamentos de una personalidad correcta y no comprende los principios elementales del reino de Dios. Los padres y las madres deben enseñar a sus hijos la ética del trabajo a temprana edad. Se les deben dar trabajos a los niños y compensarlos por la labor que hagan. Éste es el fundamento para que más tarde comprendan lo que es el dinero, de dónde viene y qué valor tiene.

Mi padre nunca me dio una cantidad semanal. Me daba trabajo que hacer y me recompensaba por hacerlo. Cuando tenía ocho años, ya había comenzado a hacer cosas para ganar un poco de dinero. Sacaba papas, cortaba madera, recogía

tomates, recogía algodón, recogía toda clase de vegetales. Mi padre y mi madre me enseñaron muy pronto la ética del trabajo, y pronto aprendí que el dinero era algo que se *ganaba*, no algo que se regalaba. Ser acusado de vagancia era el peor tipo de insulto en nuestra casa. Tenía el constante temor de que alguien pensara que yo era un vago. Mi padre y mi madre me lo inculcaron.

El haber aprendido a trabajar de muy joven me ha permitido trabajar duro ya de adulto. Estar comprometido en un ministerio a nivel mundial es una tarea consumidora. Cuando era niño se me enseñó a tener responsabilidad y respeto por el trabajo, y es algo que sigue estando grabado muy dentro de mí hoy. Cuando lo recuerdo, me siento agradecido y puedo ver cuánto esto ha contribuido a nuestro éxito.

Hay una gran cantidad de trabajos pequeños que los niños pueden hacer, como cortar el césped y tener la responsabilidad de muchos trabajos de cuidado de la casa. A las niñas se les debe enseñar a cuidar bebés. Los niños pueden lavar autos, trabajar después de clase en una tienda de víveres, repartir periódicos o responsabilizarse de uno de los muchos trabajos disponibles para los que quieran ganar un poco de dinero para sus gastos.

GASTAR O AHORRAR

Los padres también deben enseñar a sus hijos a gastar con prudencia, porque necesitarán esta capacidad más tarde en la vida. Lamentablemente, la mayoría de los adultos norteamericanos no tienen idea de lo que es comprar con inteligencia, y esto queda demostrado en el hecho de que cada vez que se produce un desastre en los créditos, una gran cantidad de familias norteamericanas quedan al borde de la bancarrota.

Aprender a comprar con inteligencia debe ser parte de la educación de todo niño. Además de esto, a los niños se les debe enseñar a *ahorrar*. Aunque esto parezca anticuado, es totalmente bíblico. “*Vé a la hormiga, oh perezoso, mira sus caminos, y sé sabio; la cual no teniendo capitán, ni gobernador, ni señor, prepara en el verano su comida, y recoge en el tiempo de la siega su mantenimiento*” (Proverbios 6:6-8).

Aquí el Señor nos está diciendo que hay momentos en que debemos ahorrar en vistas al futuro. Yo trabajé duro en todas las labores que mencioné anteriormente. Muchas no eran agradables, como recoger algodón o curtir cueros. Con frecuencia andaba sucio y me dolía la espalda.

Con el dinero ganado en esos trabajos, abrí una cuenta bancaria. Mi primera cuenta se abrió con unos ocho dólares, y me dio una maravillosa sensación de éxito y responsabilidad. Fue una de las experiencias más grandes de mi vida, y una de las mejores lecciones que he aprendido jamás.

Se les debe enseñar a los niños a ahorrar. No hay que enseñarlos a ser avaros o codiciosos, pero se les debe animar a ahorrar, y el valor del ahorro se les debe inculcar desde muy temprana edad.

DAR

Los niños deben saber estas palabras del Señor Jesús: “*Dad, y se os dará; medida buena, apretada, remecida y rebosando*” (Lucas 6:38).

Cuando tenía ocho años me enseñaron a dar mis diezmos. Mis padres me indicaron que de cada diez centavos que ganara, uno le pertenecía a Dios. De cada dólar ganado, diez centavos son de Dios. Esto me fue inculcado desde los días más tempranos de mi vida.

Me mostraron dónde se hallaba esto en la Palabra de Dios. Lo creí, y he dado los diezmos desde entonces; ésta ha sido una de las lecciones más grandes que haya aprendido. A los niños no se

les debe enseñar solamente a diezmar, sino también a ofrendar. Mis padres me enseñaron que debía ser siempre generoso con Dios. Me enseñaron el valor de la bondad y la generosidad.

Se les debe enseñar a los niños a dar su dinero a la obra de Dios. No recuerdo un solo domingo de mi niñez en que no pusiera mi diezmo en el platillo de las ofrendas. Cada vez que lo hacía, siempre me sentía feliz, porque sabía que estaba haciendo lo correcto a los ojos de Dios.

Algunas veces mi abuelo me daba un dólar, o yo me lo ganaba. Se me enseñaba que le debía a Dios diez centavos de aquel dólar. Mi madre y mi padre lo practicaban ante mí como ejemplo, y creo que esto fue lo que me convenció de que lo correcto era hacerlo.

CORTESÍA Y BUENAS MANERAS

Además de enseñarles a manejar el dinero, se les debe enseñar a los niños a tener cortesía y buenas maneras. Las buenas maneras y la moralidad tienen gran relación entre sí. Nadie puede ser lo que debería ser, sin adquirir primero buenas maneras y una cortesía llena de sencillez.

Los padres deben enseñar a sus hijos a decir:

“Sí, señor” y “No, señor” a los adultos y superiores. Esto ya no se oye mucho hoy. Dentro de nuestra sociedad hay una considerable falta de respeto. Ésta se remonta a la falta de autoridad en el hogar, que se irradia a toda la sociedad. A los niños se les debe enseñar cortesía, y a decir un sencillo “Gracias” o “No, gracias”.

Otro principio que necesita volver a tener validez es el de vivir en paz con los demás. No se deben permitir las riñas. Se les debe enseñar el respeto por las posesiones ajenas, y a no tomar lo que no es suyo. Se debe animar a los niños a compartir sus cosas.

También se debe enseñar a los niños a perdonar y a pedir perdón. Decir “lo siento” es una de las cosas más difíciles del idioma. Sólo hay algo más difícil de decir: “Estaba equivocado.” Enseñemos estas cosas a nuestros hijos a una edad temprana de la vida, y debido a ellas serán unas personas mucho mejores.

LA PREPARACIÓN SOCIAL

El hogar debe preparar al niño para el mundo y la vida fuera de los resguardados confines que le proporcionan sus padres. Todos recordamos el

haber estado en nuestro hogar y el haber ido adquiriendo gradualmente conciencia del mundo exterior. También recordamos cómo nuestros padres nos prepararon (o no nos prepararon) para los cambios que sucedieron cuando nos aventuramos fuera del hogar.

Los niños van a tener amigos fuera del hogar, y terminarán hallando su cónyuge fuera de él. La actividad de ganarse la vida, casi inevitablemente tiene lugar fuera del hogar también. Por consiguiente, el hogar no puede ignorar el mundo exterior. No se puede “aislar” del mundo a un niño. Los niños salen a la escuela, tienen amigos fuera y terminarán trabajando y casándose fuera. Los primeros años deben preparar al niño para el mundo en rápida expansión con el que se enfrentará al cabo de los años.

RELACIÓN CON LA IGLESIA

La iglesia es la unidad divina de sociedad. Sin embargo, no puede ocupar el lugar de una educación piadosa y una consagración por parte de los padres a guiar al niños en el temor y la amonestación del Señor. La iglesia no puede ocupar el lugar del hogar, pero tampoco el hogar puede tomar el

lugar de la iglesia. Ambos son absolutamente esenciales en la formación de una actitud temerosa de Dios y correctamente motivada ante la vida.

“Entonces Jacob dijo a su familia y a todos los que con él estaban: Quitad los dioses ajenos que hay entre vosotros, y limpiaos, y mudad vuestros vestidos. Y levantémonos, y subamos a Bet-el; y haré allí altar al Dios que me respondió en el día de mi angustia, y ha estado conmigo en el camino que he andado” (Génesis 35:2,3).

Cuando nació Jesús, María y José estaban ansiosos por llevarlo al Templo. *“Y cuando se cumplieron los días de la purificación de ellos, conforme a la ley de Moisés, le trajeron a Jerusalén para presentarle al Señor”* (Lucas 2:22). Llevaron a Jesús al templo para presentarlo. Es evidente que los padres deben tomar la costumbre de llevar a sus hijos a la iglesia.

HONRAR A LOS PADRES

Se les debe enseñar a los hijos el mandamiento de Dios que ordena honrar padre y madre. Es el quinto, el primero que se refiere a las relaciones entre seres humanos. Es el único que lleva en sí una promesa especial. Los cuatro mandamiento

primeros se refieren a la relación del hombre con Dios, y los seis últimos resumen todos los deberes del hombre con el resto de la humanidad.

La primera de estas relaciones es ésta: "*Honra a tu padre y a tu madre*" (Éxodo 20:12). La promesa para el que cumpla este mandamiento es que la persona vivirá "*largos días. . . en la tierra que Jehová tu Dios te da*".

Parece estar implícito en esto que si una persona trata correctamente con sus padres y los honra, observará también otros deberes más, y la consecuencia será una vida saludable y larga.

Aunque este mandamiento básico fue promulgado en el Antiguo Testamento, todos los mandamientos respecto de las relaciones entre los hombres siguen siendo válidos. No hay evidencias de que hayan sido descartados. Ciertas leyes ceremoniales (rituales) fueron cumplidas en Cristo, pero los mandatos referentes a las relaciones que deben existir entre los seres humanos no lo fueron.

El quinto mandamiento, "*Honra a tu padre y a tu madre*", *no sólo aparece* en el Nuevo Testamento, sino que se explican sus aplicaciones. Jesús predicó un breve sermón acerca de este texto en Mateo 15:3-9. Lo que hizo fue extenderse sobre el pensamiento de honrar padre y madre.

Como mencioné anteriormente, en los tiempos del Antiguo Testamento caían severos castigos sobre los necios y rebeldes. No se debía tolerar esta actitud, y si una persona joven era malvada y rebelde, los hombres de la ciudad debían apedrearlo hasta morir. Esto debía servir para sacar la maldad de en medio de Israel. Parecerá demasiado fuerte, pero hay momentos en que es mejor detener el mal y la rebeldía antes que se extiendan e infecten grandes masas del pueblo. Hoy mismo estamos viendo los resultados de una actitud tímida y complaciente.

Se debe convencer adecuadamente de su desviación a los hijos e hijas desobedientes e irrespetuosos y lograr que comprendan cuánto detesta Dios su pecado. La sociedad debe seguir reglas y normas, y bajo la ley mosaica, algunos pecados eran castigados con la muerte. Por supuesto, muchos de estos mandatos no pasaron al Nuevo Pacto. No obstante, el pecado y la rebelión son cosas sumamente serias. Entonces no se permitía este tipo de comportamiento, y no se debe permitir hoy tampoco.

Los israelitas recibieron este mandato: *“El que hiriere a su padre o a su madre, morirá”* (Éxodo 21:15). Se ajusticiaba a los hijos por gol-

pear a uno de sus padres. También se les dijo: *“Igualmente el que maldijere a su padre o a su madre, morirá”* (Éxodo 21:17). La insensatez, la rebeldía y la falta de disciplina no eran toleradas en ninguna de sus formas. Obviamente, a través de todas las Escrituras se insiste en la obediencia.

El mismo texto al que nos referimos anteriormente, citado en el Nuevo Testamento (Mateo 15:4) por el Señor Jesucristo (el que maldijere a su padre o a su madre, morirá), es el mismo versículo donde se nos exige honrar padre y madre. Bajo el Nuevo Pacto, la persona que quebranta este mandamiento no morirá, pero aun así, cosechará las consecuencias del acto con el que quebrantó la ley de Dios (Gálatas 6:7).

Lo central de todo esto es que maldecir, despreciar o desobedecer a los padres son causas de muerte ante los ojos de Dios. Hasta este punto llega su importancia. Si una persona es *obediente*, y honra a sus padres, su recompensa será una larga vida. He aquí una razón: una relación correcta con sus padres tendrá generalmente por consecuencia una relación personal con Dios, además de la armonía con los demás humanos y con toda la sociedad. La Biblia es un libro práctico, y estas cuestiones son prácticas también.

UN BUEN EJEMPLO

“La desnudez de tu padre, o la desnudez de tu madre, no descubrirás; tu madre es, no descubrirás su desnudez” (Levítico 18:7).

Los padres se deben mantener siempre correctamente vestidos en presencia de sus hijos. Algunos adultos adquieren el hábito de usar un mínimo de ropa dentro de los confines de su hogar. Algunas veces, su indumentaria es inmodesta en privado y sería embarazosa en público. Ciertamente, los cristianos no deberían ser culpables de algo así.

Este tipo de conducta moral marginal, como ejemplo para los hijos, les enseña una actitud incorrecta hacia toda la cuestión de la decencia en público y en privado. Acciones de este tipo pueden contribuir al desarrollo de relaciones sexuales ilícitas en jóvenes que más tarde o más temprano terminan embarazadas. Sin ejemplos adecuados de autoridad y respetabilidad en el hogar, es casi inevitable que termine por producirse un desplome total de la sociedad. La ligereza general y extendida en cuanto a la forma de vestir, ha sido ciertamente uno de los factores de la decadencia moral de esta nación.

Donde hay falta de respeto y de reverencia, se

produce la tragedia. En el caso de Cam, hijo de Noé, fue una verdadera tragedia. Cam les acarreó una maldición a sus descendientes porque deshonró a su padre al ver su desnudez. Hay aquí implícitas varias cosas en las que no entraremos, pero el principio básico es muy significativo.

“Dijo, pues, Dios a Noé: Esta es la señal del pacto que he establecido entre mí y toda carne que está sobre la tierra. Y los hijos de Noé que salieron del arca fueron Sem, Cam y Jafet; y Cam es el padre de Canaán. Estos tres son los hijos de Noé, y de ellos fue llena toda la tierra. Después comenzó Noé a labrar la tierra, y plantó una viña; y bebió del vino, y se embriagó, y estaba descubierto en medio de su tienda. Y Cam, padre de Canaán, vio la desnudez de su padre, y lo dijo a sus dos hermanos que estaban afuera. Entonces Sem y Jafet tomaron la ropa, y la pusieron sobre sus propios hombros, y andando hacia atrás, cubrieron la desnudez de su padre, teniendo vueltos sus rostros, y así no vieron la desnudez de su padre. Y despertó Noé de su embriaguez, y supo lo que le había hecho su hijo más joven, y dijo: Maldito sea Canaán; siervo de siervos será a sus hermanos. Dijo más: Bendito por Jehová mi Dios sea Sem, y sea Canaán su siervo. Engrandezca

Dios a Jafet, y habite en las tiendas de Sem, y sea Canaán su siervo. Y vivió Noé después del diluvio trescientos cincuenta años. Y fueron todos los días de Noé novecientos cincuenta años; y murió” (Génesis 9:17-29).

Parecerá extraño que Dios haya pensado menos en la embriaguez de Noé que en el hecho de que Cam viera la desnudez de su padre. Beber hasta embriagarse es terrible, pero carecer de reverencia y respeto por la persona de su propio padre es algo obviamente muy serio.

PRINCIPIOS ELEVADOS

Los padres debemos fijar principios elevados. Tenemos que declarar como Josué: *“Pero yo y mi casa serviremos a Jehová”* (Josué 24:15).

El hogar es el lugar de la adoración y la educación. Es el lugar donde se edifica la personalidad y se desarrolla la vida. Los padres deben dar el ejemplo. Se debe leer y explicar la Palabra de Dios, y la oración debe ser una actividad normal.

La adoración en familia y la educación de los hijos son necesidades urgentes en todos los hogares cristianos. *“Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo [esto es, si se hace con*

amor, de manera correcta y bíblica], *no se apartará de él*" (Proverbios 22:6).

LA SEGURIDAD

Son diversos los factores que intervienen en el desarrollo de una sensación de seguridad en los niños. Podríamos definir la seguridad como un estado o cualidad de sentirse protegido, libre de peligros o ansiedades, en posesión de firmeza y certeza. Para que una persona lleve una vida feliz y bien adaptada a su medio, tiene que sentir cierto grado de seguridad.

Hablar de seguridad no es hablar solamente de protección. Significa sentirse cómodo interiormente y ser capaz de llevar buenas relaciones con los demás: amigos, compañeros de la escuela, del trabajo, y en *todas* las situaciones. La seguridad es una de las necesidades primarias de un niño, porque es necesario que sus sentimientos de valor personal y estima de sí mismo se desarrollen mientras es niño aún, para que tenga seguridad cuando crezca.

La sensación de seguridad del niño está íntimamente unida a su relación con sus padres. No hay otro elemento que influya sobre él de

manera tan decisiva durante este crítico aspecto del desarrollo de su vida. La familia le proporciona al niño una base segura desde la cual puede enfrentarse al mundo.

En primer lugar, los padres deben desear al hijo: muy pronto se dará cuenta si es un hijo *no deseado*. La madre contribuye de manera especial en esto, debido a su estrecha relación con el hijo. Es ella quien atiende las dos necesidades principales del niño: la alimentación y el apoyo emotivo.

En este período de la vida se forman ciertas actitudes que son básicas. El niño pequeño cuya madre es capaz de proporcionarle afecto, amor y tranquilidad, desarrolla una sensación innata de seguridad. A partir del desarrollo de dicha seguridad, la personalidad deriva la mayoría de sus rasgos deseables, como el ser amistoso y optimista y la capacidad de relacionarse bien con las personas y las circunstancias.

Si los padres son incapaces de hacer una contribución adecuada a este aspecto del desarrollo del niño, es muy posible que éste se encuentre a sí mismo envuelto en problemas psicológicos que durarán toda su vida. Desde su nacimiento, el bebé necesita que sean satisfechas sus necesidades, tanto físicas como emotivas. Su primera gran

necesidad es el afecto, o amor. La forma en que la madre satisfaga esta necesidad es sumamente importante.

El primer aspecto del desarrollo de la seguridad se halla en la satisfacción de las necesidades físicas. Sin embargo, hay también necesidades emotivas y espirituales que deben ser satisfechas. Por supuesto, los padres no pueden proporcionar un equilibrio emotivo y espiritual, si ellos mismos no lo tienen.

Muchos elementos pueden contribuir a crear dificultades en este aspecto, como las discusiones entre los padres y la falta general de armonía en la familia. Todas estas cosas pueden causar tensión en la vida de un niño. Los padres deben estar de acuerdo entre lo que está bien y lo que está mal, y en general en cómo se deben manejar las cosas. Nunca se debería hacer víctima al niño de una autoridad dividida, de unos padres en conflicto o de una disciplina inconstante.

La sensación de seguridad de un niño crece cuando reconoce que las cosas se hacen armoniosamente dentro de la familia, y cuando se manifiesta la existencia de una autoridad correcta. Por supuesto, la idea de autoridad lleva en sí la de disciplina. Si no se le permite al niño actuar desor-

denadamente en su medio sin restricciones, desarrollará la sensación de que esas restricciones manifiestan una sincera preocupación por su bienestar. Las restricciones, las exigencias y la disciplina se convierten así en factores significativos dentro del desarrollo de un niño saludable y seguro.

El niño necesita saber con exactitud lo que se espera de él, y una vez sabido, se debe esperar de él que opere según esas normas. Es bueno que los niños tengan responsabilidades, y a medida que crezcan, deben crecer sus responsabilidades también. A medida que va llegando a las distintas etapas de su desarrollo, irá sintiendo que va logrando algo. Esto constituirá una gran contribución a su propio bienestar general, a su sensación de seguridad y a su estima de sí mismo.

Los niños necesitan ánimo y alabanza. Sus padres y familiares deben reconocer con sinceridad lo bueno que haya en ellos. Los padres tienen la responsabilidad de proteger y cuidar del niño, pero a medida que éste crece y madura, se deben ir retirando prudentemente esa protección y ese cuidado. No es sábio ser excesivamente protector. El exceso de supervisión durante demasiado tiempo entorpece el desarrollo.

SINCERIDAD

El niño necesita comprensión, consideración, ayuda en los problemas que le causen crisis y respuestas sinceras a las preguntas que hace. Tiene derecho a respuestas veraces. Se le debe informar de acuerdo con el nivel en que puede comprender. *Nunca* se le debe engañar. La memoria de un niño permanece por largo tiempo, y los engaños terminan por ser desenmascarados. Cuando se engaña a un niño, esto lo lleva a la desilusión, la pérdida de confianza, la pérdida de seguridad respecto de lo que sus padres han hecho y una pérdida de respeto por sus valores. Los padres deben amar sin condiciones, y ser siempre sinceros con el niño, de tal manera que él a su vez pueda amarlos y confiar en ellos. Esto causa la aparición de unos "lazos", y por tanto, de la seguridad.

Hay muchos factores más en el desarrollo de la sensación de seguridad en un niño, entre ellos la escuela y la iglesia, pero la familia es el lugar primario donde se les debe inculcar esa seguridad. Por encima de todo, dentro del contexto de la familia, se debe ayudar al niño a alcanzar una posición espiritual firme. Debe ser capaz de mirar a sus padres como aquellos que, *sometidos a Dios*,

buscan su mejor interés. Ver a su padre como el **sacerdote** del hogar los lleva a aceptar la idea de un **Padre** celestial que lo ama y se interesa por él.

LA ADORACIÓN EN FAMILIA

“Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón; y las repetirás a tus hijos, y hablarás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes. Y las atarás como una señal en tu mano, y estarán como frontales entre tus ojos; y las escribirás en los postes de tu casa, y en tus puertas” (Deuteronomio 6:6-9).

“Y si mal os parece servir a Jehová, escogeos hoy a quién sirváis; si a los dioses a quienes sirvieron vuestros padres, cuando estuvieron al otro lado del río, o a los dioses de los amorreos en cuya tierra habitáis; pero yo y mi casa serviremos a Jehová” (Josué 24:15).

El tema de la adoración en familia es sumamente importante. Hay muchas razones para adorar en familia. En la Palabra de Dios hay tantas razones para la adoración en familia dentro del hogar, como para los cultos públicos en una iglesia. La familia es la unidad más compacta y per-

manente. Existen en ella unas relaciones más estrechas de las que pueden existir en cualquier congregación de una iglesia. Esto no significa que no debemos tener adoración pública o cultos en las iglesias. Por supuesto que debemos tenerlos.

Es interesante observar que en los primeros tiempos del Nuevo Testamento los grupos de personas que se reunían como iglesia tenían sus reuniones en hogares. El apóstol Pablo escribe: "*Las iglesias de Asia os saludan. Aquila y Priscila, con la iglesia que está en su casa, os saludan mucho en el Señor*" (1 Corintios 16:19).

En otra ocasión escribe: "*Saludad a los hermanos que están en Laodicea, y a Ninfas y a la iglesia que está en su casa*" (Colosenses 4:15).

O sea, que los cultos de la iglesia, como tales, comenzaron en las casas. Sin embargo, más allá aún, el hogar sigue teniendo necesidad de ser una unidad que se reúne constantemente para adorar. Los miembros de una familia que adoran juntos en un momento fijo habitualmente consagrado a la adoración, serán miembros mucho mejores de su iglesia y podrán servir mejor a Dios. Serán más leales a las actividades del reino de Dios, que los procedentes de familias donde se descuida la adoración en el hogar. Por supuesto, la adoración en el

hogar no reemplaza al culto en la iglesia.

La adoración en el hogar es más básica y sirve como fundamento de todas las demás actividades. El hogar es la unidad básica de la sociedad, y tal como marche el hogar, marcharán la iglesia y la nación. Por tanto, es más que razonable que la adoración en familia debe servir de fundamento a todo hogar cristiano.

Jesús exhortó a los cristianos a ponerse de acuerdo en oración: *“Si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquiera cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos”* (Mateo 18:19). ¿Quiénes pueden ponerse tan completamente de acuerdo en su oración como el esposo y la esposa, que son una sola carne?

En el versículo siguiente dice: *“Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos.”* O sea, que las familias no se deben comprometer sólo en la iglesia, sino también en la adoración familiar. Tienen que ponerse de acuerdo en oración respecto de cosas concretas y creer que Dios está presente en medio de ellos y responde su oración. Generalmente, el que disfruta de intimidad con el Señor en un grupo pequeño (como la familia), es constante en la

fraternidad con la gran familia de Dios en los cultos de la iglesia.

LA RESPONSABILIDAD

Los padres tienen una gran responsabilidad respecto de sus hijos en todas las cuestiones religiosas. Otras personas y numerosos factores externos afectan a los niños, pero la influencia primaria debe proceder de los padres. Yo veo a mis nietos con tanta frecuencia como puedo, pero es poco lo que les puedo enseñar, porque estoy con ellos por un tiempo limitado. En cambio, sus padres son los que realmente les dan ejemplo. Mientras sean pequeños y su mente sea moldeable, esta es la fuerza impulsora que formará su personalidad. Mientras los pequeños puedan ser moldeados, sus padres deben aprovechar esta maravillosa oportunidad y dedicar tiempo a moldear su mente en los caminos de Dios y en su Palabra.

Se les ordena a los padres que enseñen diligentemente a sus hijos la Palabra de Dios (Deuteronomio 6:7). A los hijos se les deben enseñar los fundamentos de la fe mientras son pequeños. Entonces, una vez criados en la fe, los padres podrán reclamar la promesa de que no se alejarán

de ella más tarde, cuando crezcan.

El Nuevo Testamento ordena también a los **padres** que eduquen a sus hijos en la disciplina y amonestación del Señor. Para que se les pueda enseñar a los hijos la Palabra de Dios, cómo orar, cómo llevar una vida santa y cómo confiar en que Jesucristo es su Salvador, la adoración en el hogar debe ser algo habitual. En ella se debe incluir la lectura sistemática de la Biblia, así como oración, exhortación y hasta cantos. Debe haber momentos para solicitar motivos de oración y para que la familia ore por ellos como unidad. Éste es uno de los momentos más preciosos de la intimidad familiar.

El culto de adoración en el hogar debe ser un momento supervisado por el padre y la madre. Cuando yo era niño, teníamos culto familiar todas las noches. Nunca los olvidaré. Mis padres leían la Palabra de Dios, o a veces era yo el que leía, y se presentaban peticiones de oración. Nos poníamos de rodillas, y no era cuestión de si debíamos hacerlo, o de que no teníamos tiempo para hacerlo. Siempre que andaba por la casa, me llamaban al culto familiar todas las noches. Esto dejó una marca indeleble de rectitud en mi corazón y mi vida.

En los días del Antiguo Testamento, cuando la población era mucho más pequeña de lo que es ahora, a las personas de fe se les ordenaba educar a sus hijos en la casa. Ese mandato sigue en pie. Por supuesto, actualmente hay iglesias por todas partes. En muchos lugares abundan y es fácil llegar a ellas. *Debemos* hacerlo.

Sin embargo, la asistencia a la iglesia no puede reemplazar a la adoración en el hogar. Es demasiado fácil para los padres cargar con la responsabilidad de instruir a sus hijos, a los pastores y a los maestros de la escuela dominical. Aunque los pastores y los maestros de escuela dominical sean consagrados siervos del Señor, no es ésta la manera correcta de educar a los niños.

Ciertamente, el pastor o el maestro proporciona un marco general de educación en la fe, así como instrucción espiritual y bíblica para el grupo en general. No obstante, esto no descarga a los padres de su responsabilidad. Un padre puede influir en su hijo como nadie más puede hacerlo. Es totalmente equivocado dejar al maestro de la escuela dominical toda la responsabilidad de enseñar versículos y datos de la Biblia a los niños. El niño debe aprender relatos de la Biblia en las rodillas de su madre, o de sus padres juntos. Debe

aprender a adorar a Dios principalmente por medio del ejemplo de sus padres. Cuando un niño se educa en una atmósfera de oración y obediencia a la Palabra de Dios, esta influencia moldeará su vida mucho tiempo después de que haya salido al mundo.

Cuando los padres dirigen a la familia en adoración, todos los hijos deben participar. No debe importar el que un hijo o una hija sea ya mayor. Si está en casa, tanto si vive allí como si está de visita, se debe unir al gozo y el consuelo de la adoración conjunta en familia. Uno de los secretos del éxito en el culto familiar es *fijar* un momento, siempre el mismo. Por supuesto, la duración del culto variará, y no hay que prolongarlo sin motivo. Lo importante es la constancia.

LAS DISTRACCIONES

Muchos factores privan a la familia de hoy de influencias positivas. La televisión se ha entrometido de tal manera que ha tomado el lugar de los padres. Cada cual tiende a seguir su propio camino. No obstante, sigo manteniendo que, sea por la mañana o por la noche, se debe reservar un momento dentro de la familia para la devoción y la

consagración. Unos pocos minutos de lectura de la Biblia, y de buscar el rostro del Señor en la unidad familiar pueden convertirse en la parte más valiosa del día. Se debe comentar la Palabra de Dios hasta que todos estén satisfechos con su comprensión del pasaje leído. Debe ser un momento lleno de bendición. A veces será solemne; otras veces será feliz y lleno de gozo. Sin embargo siempre se debe llegar a él con una consagración y una entrega totales.

Los hogares cristianos necesitan esto. Toda la familia debe interesarse en ello. Estoy seguro de que el padre se sorprenderá, cuando trate de explicar las Escrituras a su familia, de lo mucho que comenzarán a significar *para él*.*

EL APRENDIZAJE DE TEXTOS

En el pacto del Deuteronomio (Deuteronomio 6) se nos exhorta a guardar la Palabra de Dios en el corazón y a enseñarla a nuestros hijos. Todos los miembros de la familia deben aprender de memoria textos de las Escrituras. Hasta los niños pequeños pueden aprender de memoria versículos sencillos. También se les pueden enseñar oraciones sencillas. Esto los ayudará a comenzar bien.

EL RESPETO Y LA PARTICIPACIÓN

Todos los niños deben aprender a inclinar el rostro cuando otras personas oran. Es necesario inculcarles respeto por la Palabra de Dios y por todas las actividades espirituales.

Los niños pueden tener un papel importante en el momento de oración familiar. Recuerdo que yo leía las Escrituras cuando aún era pequeño. Mi padre solía decir: "Jimmy, te toca a ti ahora." Entonces, yo escogía un pasaje de la Palabra de Dios y me sentí inspirado mientras lo leía. Era una gran bendición. Esto dejó una sensación perdurable de cercanía a Dios y unos sentimientos que no puedo comenzar a explicar siquiera. Todos participábamos, y ahora lo recuerdo con afecto y regocijo.

No se debe precipitar el momento de oración en familia, pero tampoco se debe permitir que degenera hasta convertirse en un rito. Se debe comprometer en él a todos, y pedirles que contribuyan. Los resultados serán una gran bendición y el crecimiento espiritual.

La adoración en familia es una hermosa forma de enseñar la Palabra de Dios a los niños. Debe formar parte de la vida familiar diaria, y en ella

cada uno de los miembros de la familia debe poder leer los pasajes que se sienta impulsado a leer, o compartir con los demás de alguna otra forma. Si pudiéramos convertirla en parte de la vida de cada familia, podríamos detener gran parte de la delincuencia juvenil y de otras influencias demoníacas que afectan a la sociedad actual.

Hay muchas personas a quienes se les hace difícil comenzar un culto familiar eficaz. Sienten que no están preparadas. Afortunadamente, hay mucho material de ayuda para este fin. Hay devocionales preparados por diversas denominaciones y grupos religiosos. No es difícil encontrar un buen devocional diario. También hay discos y cintas. La ayuda de todas estas cosas puede ser incalculable.

Por otra parte, es algo bien sencillo limitarse a leer un texto de las Escrituras y después tratar de explicarlo. Para las personas con talento musical, ésta es una excelente oportunidad de hacer de la música una parte de la adoración en familia.

No hay mejor forma de comenzar el día, que con un texto de la Palabra de Dios. *“Me hallan los que temprano me buscan”* (Proverbios 8:17).

Se nos relata que Jesús se levantaba temprano con frecuencia para irse a orar a un lugar solitario.

“Levantándose muy de mañana, siendo aún muy oscuro, salió y se fue a un lugar desierto, y allí oraba” (Marcos 1:35).

Si Jesús oraba en la mañana, y si los santos de todas las épocas han encontrado que la oración hecha temprano en la mañana es parte indispensable de un día productivo, ciertamente parece lo mejor para las personas y las familias encontrarse con Dios por la mañana en oración y adoración. Teniendo este fundamento, deberíamos esperar sus más ricas bendiciones durante el día. Es una bendición que padres e hijos se reúnan para comenzar así el día.

LAS NORMAS DE LAS ESCRITURAS

La Palabra de Dios es necesaria para que la sociedad tenga estabilidad. Ninguna otra cosa puede proporcionar esa estabilidad: ni las escuelas, ni las universidades ni la televisión.

Los libros modernos no engendran moralidad. La Palabra de Dios es el único instrumento de la conciencia y la responsabilidad moral, y los niños están creciendo sin ella. Como consecuencia, están creciendo llenos de odio. Crecen sin saber qué es bueno o qué es malo. No tienen remordi-

mientos cuando cometen delitos verdaderamente terribles. Millones de personas que no tienen la Palabra de Dios recurren a las drogas o al alcohol como su “fuente de verdad”, aun en la preadolescencia.

Por supuesto, todo esto no es solamente muy lamentable, sino que está terriblemente mal. El Dios santo nos advierte, nos *ordena* que seamos un pueblo santo y que enseñemos y eduquemos a nuestros hijos y a cada nueva generación en la manera de vivir “*en este siglo sobria, justa y piadosamente*” (Tito 2:12).

“Y las enseñaréis a vuestros hijos, hablando de ellas cuando te sientes en tu casa, cuando andes por el camino, cuando te acuestes, y cuando te levantes, y las escribirás en los postes de tu casa, y en tus puertas; para que sean vuestros días, y los días de vuestros hijos, tan numerosos sobre la tierra que Jehová juró a vuestros padres que les había de dar, como los días de los cielos sobre la tierra” (Deuteronomio 11:19-21).

“Y que desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús. Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para ins-

truir en justicia” (2 Timoteo 3:15,16).

En todos los lugares donde se venera, enseña, cree y sigue la Palabra de Dios, ésta deja una profunda huella en quienes la reciben. La Biblia es la única influencia potente y civilizadora que hay en el mundo hoy. Es una pujante fuerza a favor de la moralidad en general y de la felicidad de la persona.

El cristianismo es la religión del Libro: la Biblia. El Cristo del cristianismo es el Cristo de la Biblia que fue profetizado en el Antiguo Testamento.

Los fundamentos de todos los aspectos de la vida actual, y de todo cuanto consideramos valioso, parten de este Libro, la Palabra de Dios. Por tanto, creo que una familia unida y productiva debe vivir en un lugar donde se cree, ama, enseña y vive la Biblia. Esto se debe hacer a diario, sistemática y habitualmente en el hogar. Entonces se convertirá en una fuente positiva de personalidad moral.

El hogar ideal es aquél en el cual se enseña diligentemente la Palabra de Dios a los niños; en el que los relatos de la Biblia son parte normal de la vida, y donde ellos absorben estos relatos bíblicos y aceptan a Jesús como Salvador suyo.

Una persona tendrá momentos en que se apartará del Señor. Sin embargo, terminará por volver, como el hijo pródigo (Lucas 15), a lo que se le enseñó en su niñez. Se nos dice: *“Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él”* (Proverbios 22:6). Ahora bien, se le *debe* instruir en la Palabra de Dios muy temprano, con cuidado y de la manera más completa posible. Entonces ésta le servirá como el chaleco salvavidas que lo hará flotar y lo salvará en tiempos peligrosos.

“Bienaventurado el hombre que halla la sabiduría, y que obtiene la inteligencia; porque su ganancia es mejor que la ganancia de la plata, y sus frutos más que el oro fino. . . Ella es árbol de vida a los que de ella echan mano, y bienaventurados son los que la retienen. . . Guarda la ley y el consejo, y serán vida a tu alma, y gracia a tu cuello. . . Está atento a mis palabras; inclina tu oído a mis razones. No se aparten de tus ojos; guárdalas en medio de tu corazón; porque son vida a los que las hallan, y medicina a todo su cuerpo. . . La sabiduría excede, en que da vida a sus poseedores” (Proverbios 3:13-22; 4:20-22; Eclesiastés 7:12).

60-092
SPANISH